

N O T A S

LA SEDUCCIÓN DE LA CLANDESTINIDAD: EL CASO EJEMPLAR DE JORGE SEMPRÚN

RANDOLPH D. POPE
Washington University

Algunos acontecimientos de especial intensidad dejan una huella indeleble. Se los vive una sola vez, pero retornan insistentemente de los abismos de la memoria como imágenes, palabras y emociones que se experimentan como agudamente reales, desplazando a menudo y con facilidad lo que los sentidos perciben como el presente. La captura de la mente por estas constelaciones hiperreales de la memoria —para darles un nombre— puede compararse con el obsesivo regreso de K al castillo en la novela de Kafka, con el ombligo indescifrable que Freud situaba en la región más profunda de los sueños y con los nudos de Lacan. Estas constelaciones hiperreales de la memoria, a menudo inoportunas, inquietantes y fatigosas, se reconocen como ajenas y sin embargo íntimas, como una sombra iluminadora y como un emisario de las regiones nunca vistas del propio ser que existen más allá del control de la mente consciente. Nos son familiares en la historia de la autobiografía: la separación, tristísima y resistida, de San Agustín y su amante, devuelta al África para que él pudiera continuar con su exitosa carrera; la desgarradora salida de Santa Teresa de su hogar; las arrogantes entrevistas de Cellini con los poderosos, llenas de una inseguridad ansiosa; el desbordante encuentro de Rousseau con Mme de Warens; las minuciosas enfermedades de Torres Villarroel que, aunque podían dejar en paz a su cuerpo, jamás abandonaban su recuerdo; las reiteradas pérdidas que sufre María Teresa León, cuando las incontrolables circunstancias de la vida le van arreba-

tando amigos, animales, lugares; estos son los acontecimientos que el texto autobiográfico nunca parece poder contar suficientemente, o suficientemente bien. A estos acontecimientos los rodea un halo reverente, como si los narradores estuvieran diciendo: «Te diré lo que sigue vivo en mi memoria, lo que me ha hecho ser quien soy, a pesar de que hay algo inquietante y molesto en todo esto que no consigo entender del todo».

Miremos un ejemplo con mayor detalle. En 1977 la *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún recibió el Premio Planeta de novela. No obstante la categoría en que obtuvo el premio, se trata claramente de unas memorias en las cuales el narrador, quien se identifica con el mismo Semprún, se refiere a personas, lugares y acontecimientos que fueron inmediatamente reconocidos por el público lector como referencias a personas, lugares y acontecimientos reales¹. De hecho, muchas de las personas mencionadas en el libro, especialmente el líder comunista Santiago Carrillo, reaccionaron con gran irritación, en lo que Darío Villanueva describe como un «debate clamoroso» (617), contra lo que percibieron no como una obra ficticia, sino como una serie de afirmaciones falsas. Manuel Azcárate, por ejemplo, escribió algunos años más tarde en sus propias memorias, *Derrotas y esperanzas: La República, la Guerra Civil y la Resistencia*: «Insisto en esto porque Jorge Semprún, en su libro *Autobiografía de Federico Sánchez* dijo de mí, seguramente por ignorancia, exactamente lo contrario» (289). Antes de que el refinamiento crítico nos lleve a desdeñar tales respuestas como un error categórico de lectores que no comprenden que la ficción no está obligada a la verdad, añadiendo la mantra nietszcheana de que no hay hechos sino sólo interpretaciones, es importante que recordemos las veces en que nosotros, cada uno de los lectores de esta obra, hemos sido representados injustamente en un documento público, acusados sin razón alguna, o se ha dicho y repetido que dijimos algo pernicioso que jamás se nos hubiera ocurrido decir. Propongo que es necesario pensar a partir de este dolor y de esta experiencia, para entender realmente por qué importa cómo se escribe el yo y por qué sus versiones no son intercambiables.

El Partido Comunista, que había sido recién legalizado, denunció a Semprún como parte de un complot de la CIA para despres-

¹ Sobre la *Autobiografía* como memorias, ver Mercadier 260-62.

tigiar al partido como un participante responsable en la flamante democracia. Incluso algunos amigos, como Juan Goytisolo, observaron que la pasión había llevado en algunas ocasiones a Semprún a juicios carentes de fundamento. A primera vista, parece un asunto sencillo. Jorge Semprún, nacido en 1923 e hijo de un destacado funcionario de la República, debe participar del exilio de su familia en Francia luego de la Guerra Civil, se hace miembro del partido comunista y, desde junio de 1953 hasta abril de 1964, con el seudónimo de Federico Sánchez, participa en arriesgadas misiones clandestinas dentro de España. Al comienzo fue un ardiente y devoto defensor y propagandista de las verdades determinadas por el partido y admiró a *Pasionaria*, a quien dedicó odas interminables y cuya imagen, especialmente la del primer encuentro, quedó hondamente grabada en su memoria. Al cabo de los años, Semprún llegó a percibir que los líderes en el exilio estaban trabajando con un modelo distorsionado de la realidad, pues no les permitía reconocer que la tantas veces anunciada revolución del proletariado contra el régimen de Franco no estaba ocurriendo como se había científicamente profetizado. España se estaba transformando en una moderna sociedad capitalista donde la democracia no sólo sería aceptable, sino hasta conveniente para las oligarquías, mientras que el proletariado de antaño cruzaba los Pirineos anhelando más los placeres inmediatos del consumismo que los del paraíso comunista. Todo esto parece hoy evidente y hasta trivial. Pero en 1964, cuando Semprún y Fernando Claudín propusieron esta descripción de la realidad a los líderes del partido fueron expulsados, primero del Comité Central y luego del partido mismo. Todo ello ocasiona retrospectivamente una de las preguntas más candentes de las grandes autobiografías: ¿Cómo es posible que no haya visto la verdad antes? ¿Cómo pude ser tan ingenuo y miope, tan diferente en el pasado de quien yo soy ahora?

¿Cómo pudo equivocarse un partido con miles de informantes, afianzado en una teoría que insiste en el análisis objetivo? La ceguera parcial, pero decisiva, de los líderes en el exilio del partido comunista español sigue siendo importante porque es un ejemplo de la delirante negación de la realidad en la cual muchos intelectuales son expertos. Además, la reciente revolución en el hiperespacio con el correo electrónico, Internet y Word Wide Web nos permite entender mucho mejor ahora lo que Semprún experimentó y documentó cuando escribió sus memorias, no sólo la *Autobio-*

grafía de *Federico Sánchez*, sino también la reciente *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1993), en la cual describe su participación como ministro de Cultura desde 1988 hasta 1991 en el gobierno de Felipe González.

La constelación hiperreal de la memoria para el Semprún de la *Autobiografía* está dominada por *Pasionaria*, en el momento en que ella lee su decisión de expulsar a Semprún y a Claudín de la directiva del partido. La *Autobiografía* está enmarcada por este momento: cuando el texto comienza, *Pasionaria* está a punto de hablar y, en un instante que es puro tiempo interior mientras que el externo se detiene, como en «El milagro secreto» de Borges, tanto el Semprún que representa a su antiguo yo de 1964 como el del presente de la escritura en 1976 se dedican a una serie de memorias y meditaciones que sirven para postergar, aunque no indefinidamente, el temido rechazo materno y la consecuente expulsión del paraíso. Esta técnica de abrir un espacio y tiempo interior mientras se congela el exterior se repite con frecuencia en la obra de Semprún y reaparece en *Federico Sánchez se despide de ustedes*, donde el narrador explica que «las consideraciones o rememoraciones que aquí, aun reducidas a su más extrema concisión, han ocupado unas pocas decenas de líneas, no ocupan ningún tiempo en el espacio mental: se despliegan instantáneamente» (22). Aunque esta sea una verdad indispensable que hace patente la trabajosa labor de una escritura sucesiva que pretende representar lo simultáneo, no deja de llamar la atención lo reiterado del recurso: espera *Pasionaria*, espera Felipe González, espera el director del Prado mientras que Semprún protagoniza sus recuerdos y cavilaciones. Puede ser útil recordar aquí otro paréntesis interior de un personaje que se siente injustamente perseguido: Pedro en *Tiempo de silencio*, cuando está en la cárcel y pareciera estar atento a la multitud de voces conflictivas que emergen de su interior, ofreciendo las opciones de no pensar (anulación mística), elegir el presente (ecos de Kierkegaard y el existencialismo), o rebelarse en alguna forma de acción. Entresaco algunas citas del flujo de pensamiento de Pedro en la cárcel que nos pueden ser útiles en la lectura de Semprún:

No pensar en nada. Llegar a hacer como si fuera un deseo propio estar quieto... si estás aquí serenamente no es un fracaso... yo he querido estar aquí, fracasado, ... Tú eres bueno, tú has querido hacerlo bien... [Este tiempo en la cárcel es] Un tiempo que queda fuera de mi vida, entre paréntesis

sis. Fuera de mi vida tonta. Un tiempo en que, de verdad, viviré más. Ahora vivo más. La vida de afuera está suspendida con todas sus cosas tontas... Tienes libertad para elegir el dibujo que tú quieres hacer porque tu libertad sigue existiendo también ahora (175-80).

Dejemos por ahora en su propio paréntesis, pues resultará más adelante de importancia, el hecho de que otra de las voces interiores de Pedro irrumpe dos veces —una de ellas en la conclusión del episodio— lacónicamente exclamando: «¡Imbécil!» Por ahora importa constatar que ante una violencia exterior, la expulsión de Semprún del partido o su destitución como ministro de Cultura, se elige narrar los hechos utilizando estrategias semejantes a las que pone en evidencia Martín Santos al hablar de la cárcel de Pedro: Semprún es impecablemente un hombre de buenas intenciones, ha elegido la labor clandestina y ha aceptado la labor ministerial con placer —todo lo volvería a hacer— y decide en la escritura afirmar su libertad de hacer del pasado el dibujo que le parece más justo de su acción, luchando contra un palimpsesto agresivo de versiones contradictorias.

Pero hemos dejado a *Pasionaria* esperando. El primero y el último capítulo de la *Autobiografía* llevan el mismo título: «*Pasionaria* ha pedido la palabra». Sus palabras concluyen la obra, repetidas cuatro veces, ocupando la página a medida que aumentan de tamaño hasta llegar a estar completamente en mayúsculas para luego desvanecerse en unos puntos suspensivos que indican que estas palabras siguen resonando más allá del final del texto. Estas palabras, anunciadas al comienzo de la *Autobiografía* y postergadas durante 335 páginas afirman simplemente que Semprún y Claudín son «intelectuales con cabeza de chorlito» (342). El diccionario de la RAE de 1956, vigente cuando esta acción ocurría, define la expresión como «persona ligera y de poco juicio», lo cual apenas sugiere el ofensivo desprecio con el que Semprún se sintió trivializado y marginalizado por *Pasionaria*. Debemos considerar estas palabras con atención pues quedaron grabadas candentemente en la mente del narrador: se le dice que es un monstruo, con el cuerpo de un hombre —aunque sea un intelectual— y la cabeza de un pájaro, un chorlito. No deja de ser curioso que Pedro en *Tiempo de silencio* lee una mancha en la pared de su celda como la figura de una sirena, un test de Rorschach que revela también la desintegración de su cuerpo en las dos partes contradictorias de

intelectual y chorlito, investigador y pescado, atrapado por el sexo y la brutalidad propia y de los demás. El mismo diccionario de la RAE antes citado da tres definiciones distintas de «chorlito», ya que tres diversas aves del orden de las zancudas reciben este nombre, de diversos tamaños, coloridos y costumbres, variedad que bien puede aplicarse a los intelectuales. Por su parte, la enciclopedia *Microsoft Encarta*, en una de las ventanas de mi computadora, señala lo siguiente, que no deja de tener su miga, especialmente en las partes que destaco en negrita:

Plover, common name for members of a family of widely distributed shorebirds consisting of more than 60 species [...] many of the plovers are **strikingly patterned**.

Plovers typically stand immobile, then run rapidly to the next food source, preying on a variety of small invertebrates. **Although relatively sociable, they seldom form the large flocks typical of sandpipers in the nonbreeding season.** [...]

Four species [...] are **among the most highly migratory shorebirds.** [...] The American golden plover, about 26 cm (about 10.5 in) long, has one of the longest migrations known, a round trip of almost 13,000 km (about 8000 mi) from the arctic nesting areas to the southern tip of South America; part of this route takes it about 3860 km (about 2400 mi) over open ocean from Nova Scotia to northeastern South America.

Esta variedad de colores llamativos, su escasa sociabilidad y su notoria capacidad migratoria no hacen a los chorlitos pájaros de partido. Si las palabras de *Pasionaria* parecen curiosamente apropiadas y resuenan profundamente es porque hacen resaltar las características por las cuales los burócratas siempre desconfían de los intelectuales: su desconcertante originalidad, su irreducible independencia y su tendencia a alzar vuelo en pos de las nuevas modas e ideologías. No deseo recargar a este modesto pájaro con una interpretación excesiva, pero sí apuntar a las posibles razones por las cuales estas palabras, «intelectuales con cabezas de chorlito», resonaron tan profundamente en el narrador. Contenían una sintomática y perversa semilla de verdad. ¿Por qué no considerar, aunque sea como una hipótesis de trabajo, este doble proceso interpretativo? Primero, la acusación implícita de individualismo e irresponsabilidad y, segundo, la sugerencia de la naturaleza monstruosa

del intelectual, descrita en este caso como el cuerpo de un ser humano con la cabeza de un pájaro.

El texto de la *Autobiografía* se desarrolla como una alocución del narrador a sí mismo en el pasado, distinguidos en este caso por nombres diversos, aunque se trate superficialmente de la misma persona: la designación Jorge Semprún se reserva principalmente para el narrador en el presente, mientras que Federico Sánchez se refiere a su persona en el pasado, cuando era un organizador clandestino. Aquí hay, pues, una forma de partenogénesis, una conveniente división entre el iluminado Jorge Semprún y el a menudo engañado y excesivamente leal Federico Sánchez. El segundo aparece a veces como un espíritu que ha ocupado el verdadero ser de Semprún, en una forma malévola que recuerda el cuento de Stevenson «Dr. Jeckyll and Mr. Hyde». Por ejemplo:

Diez años más tarde volviste a ver a Simón Sánchez Montero. Fue en el verano de 1969, en Madrid. Habían pasado muchas cosas desde aquella lejana noche de junio. Tú ya no eras Federico Sánchez. Había desaparecido ese fantasma. Tú eras de nuevo tú mismo: ya eras yo (67).

Esta escisión nominal está relacionada con una meditación con la que se abre la *Autobiografía*, cuando el narrador recuerda que el Partido Comunista Español tenía sus oficinas en la avenida Kleber en París. La palabra «Kleber» pasó a ser una manera de referirse al partido y acabó transformándose en el nombre de una personalidad fantasmal que determinaba la verdad. Este «funcionamiento simbólico» (10), debido al cual el nombre de una avenida simplifica convenientemente las delicadas y complejas deliberaciones en el interior de la jefatura del partido, consiguiendo así presentar al público una faz unificada (¿o antifaz?), no difiere mucho, aunque su efecto sea diverso, de cómo los dos nombres, Jorge Semprún y Federico Sánchez, se distribuyen el pasado. Una profusión de paréntesis separa en la *Autobiografía* los espacios de Semprún y Sánchez, aunque en ocasiones la oración continúa sin solución de continuidad entre el interior y el exterior del paréntesis y al contrario, mostrando que están íntimamente conectadas y son parte de una misma voz. Donde Kleber une, Sánchez separa, pero la discordia de los dirigentes y la realidad de un mismo cuerpo conspiran para socavar la unidad de Kleber y la división de Sánchez. En *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Sánchez sirve como garante de verdad e im-

parcialidad. En un epígrafe cita Semprún a Alfonso Guerra, afirmando, en una entrevista, lo siguiente:

Me encantaría que alguien pudiera escribir sobre esta etapa del Gobierno socialista con la honradez literaria y humana con que escribió Semprún aquella *Autobiografía de Federico Sánchez*. Creo que sería un gran servicio que se haría a la sociedad española.

Dado el retrato corrosivo de Alfonso Guerra que contiene *Federico Sánchez se despide de ustedes*, es posible entender la razón del título, ya que Federico Sánchez aquí viene a cumplir una función contraria a la distanciadora de antaño: se trata ahora de reforzar astutamente la continuidad entre el Semprún ministro y el Semprún escritor de la *Autobiografía*, atrayendo así al presente texto las calificaciones de «honradez literaria y humana» que Guerra atribuía al otro.

Los binomios Kleber/Partido Comunista y Sánchez/Semprún no son de manera alguna los únicos «funcionamientos simbólicos» de los nombres en estos textos. A las pocas páginas de iniciada la *Autobiografía*, Semprún cita un rupestre poema en honor a *Pasionaria*, del cual bastan unas pocas líneas:

*Bandera de los caminos
Pasionaria de las manos
de los pobres campesinos.*

*Sol grande Estrella polar
Dolores de los obreros
de la tierra y de la mar.*

*Alma de la reconquista
fuego tendido en el viento
del Partido Comunista (21).*

Estas líneas están firmadas por Juan Panadero, un seudónimo que es, como lo describe Semprún, «el trujimán populachero de Rafael Alberti, el doble, sosías o alter ego al cual el exquisito gaditano solía encargar las subalternas labores de la poesía de agitación» (20). La gestación de yoes alternativos para una actividad específica de la cual convenía mantener apartado al yo originario, ya sea por labores clandestinas políticas o poéticas, es frecuente en la *Autobiografía*. Por ejemplo:

Aurelio es Francisco Romero Marín: no importa ya: no es ya ningún secreto: Aurelio era el nombre de Romero Marín entre nosotros: en el Comité Ejecutivo: entre los compañeros del aparato central: en Madrid Aurelio tenía otros muchos nombres: qué sé yo: Gonzafío: Paco: *el Tanque*: otros:... (35)

Esta es una persona-máscara que sólo está disponible parcialmente con la gente con la cual se encuentra, ya que sus muchos nombres están ahí para proteger su identidad completa, para hacerlo escurridizo y salvar su existencia nómada. Se basa en una sociedad dividida en células entre las cuales no circula la información, a no ser que lo ordene la jerarquía apropiada o haya un error catastrófico. El disimulo —que es una similitud engañosa—, el secreto y la división —que es una visión parcial— dictan las reglas del juego. Jorge Semprún es también Federico Sánchez, Federico Artigas y Jacques Grador. Santiago Carrillo vive en Francia bajo el nombre de Giscard, incluso para sus propios hijos. Esta proliferación de nombres es una proliferación de perímetros secretos. Más que una máscara, es una pequeña pero poderosa máquina que divide lo real en segmentos transitoriamente seguros en una red de desconfianza mutua.

En años recientes los medios electrónicos han permitido experimentar con múltiples personalidades, cuando cientos de miles de personas se conectan cada día con America Online, Compuserve, los nódulos del Internet Relay Chat, los MUDs, MOOs y otros centros de coordinación. Adoptar por medio de la computadora otro nombre, edad y hasta sexo se ha transformado en una moda, estudiada por Sherry Turkle en *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*. Desde un espacio privado, se proyecta un simulacro que goza de una libertad alígera, sin el embarazo de las señas de identidad y las limitaciones de lo que en el inglés cibernético ha venido a llamarse RL, por «real life» o vida real. Turkle, en un libro que a veces parece más una ingenua celebración que un análisis crítico, establece la obvia conexión entre esta experiencia y el postmodernismo y la deconstrucción: «Now, in postmodern times, multiple identities are no longer so much at the margin of things» (180). ¿Y quién, que lo ha experimentado, puede negar el goce, la seducción y la excitación de ensayar identidades alternativas a una velocidad, escala y atrevimiento nunca antes posible?

Este placer de ser otro en la clandestinidad es lo que resulta

impactante y reconocible en los libros de Semprún que estamos comentando. Compárense los siguientes textos, el primero de *Life on the Screen* de Turkle y los otros dos de Semprún:

When they log on, they may find themselves playing multiple roles, they may find themselves playing characters of the opposite sex. In this way they are swept up by experiences that enable them to explore previously unexamined aspects of their sexuality or that challenge their ideas about a unitary self (49).

La clandestinidad, no sólo como aventura, o sea como placer o goce de situarse fuera de toda norma, sino como camino hacia la conquista de una verdadera identidad (*Autobiografía* 100).

Además, ¿no tenía más poder cuando era Federico Sánchez en la clandestinidad? ... Encarnaba una realidad oscura, pero iluminadora, múltiple pero coherente ... cualquiera que fuera el seudónimo bajo el que se me conociera, adquiriría yo un poder personal, vicario sin duda o delegado, pero que era incuestionable (*Federico Sánchez se despide* 25).

Debemos recordar que Semprún, cuando era un joven militante, escribió un poema a *Pasionaria* en el cual pedía ser perdonado por su defecto existencial, por haber nacido de una familia con recursos y poder, y por haberse convertido en un intelectual. La clandestinidad cancelaba milagrosamente este pecado original, al menos mientras encarnara esa realidad oscura, aunque luminosa, de la cual obtenía un poder redentor. La misión para organizar la resistencia en el interior del país tenía un inmediato resultado en el interior de Semprún mismo, quien podía descartar al hombre viejo y cruzar audazmente, si no las barreras del sexo, sí las de clase. De ahí su entusiasmo de catecúmeno:

Todos los que me conocen un poco saben muy bien que el trabajo político clandestino es lo que más me ha excitado, gustado, interesado, divertido, apasionado, durante toda mi vida. Me agobia a veces la vida, sin duda. Me agobian los fantasmas de mi propia intimidad, sin duda. Pero nunca me ha agobiado el trabajo político clandestino, sobre todo porque era eso, clandestino (*Autobiografía* 263).

Por los accidentes de la lengua, como fantasmas adventicios de la palabra «clandestino», se sugieren, en etimología —acertada aunque no verdadera— «clan» y «destino». Pues la palabra «clandestini-

no» oculta y transmuta, pero sin anularlas del todo, las fuerzas contra las cuales Semprún se rebela, su destino de clase y su pertenencia al clan de los intelectuales. Pero como los travestis tan bien estudiados por Marjorie Garber en *Vested Interests*, el anhelo de Semprún no es borrar sus poderes y privilegios fálicos, sino disimularlos, ya que, a fin de cuentas, es la escritura y su refinada educación lo que le permite ser el agente de su propia historia. El gozo proviene de un estado intermedio y esto explica por qué cuando Semprún puede finalmente volver a España legalmente, no lo hace con la alegría que pudiera esperarse:

Sanseacabó la emoción de los pasos clandestinos, la alegría de antaño cada vez que franqueaba el viejo puente de Behobia para entrar en mi país sin permiso de nadie... Una vez más había pasado esa línea invisible y radical. Una vez más volvía a los paisajes de mi infancia, a la terca y obstinada alegría del trabajo político clandestino... Una vez más volvía al territorio imaginario de los proyectos nunca realizados, pero siempre probables, de los sueños frustrados, pero que me hacían el alma navegable, como dijera Rafael Alberti cuando era poeta de verdad, hace ya siglos (*Autobiografía* 77).

Dieciséis años más tarde, Semprún todavía sigue añorando lo clandestino: «Otra vida comenzaba, sin documentación falsa. Y aún no estaba seguro de no sentir nostalgia de la antigua, nostalgia al menos de la aventura y de la fraternidad de aquella otra vida» (*Federico Sánchez se despide* 20). Esta «otra vida» y ese «territorio imaginario» se pueden comparar al hiperespacio, y el «alma navegable» a *surfing the Web*. Semprún ha visto, *avant la lettre*, los beneficios y peligros de la mascarada electrónica. Pues hay una cara negativa de la medalla y se puede expresar sólo superficialmente con lo que dice Baudrillard (en traducción inglesa) en su obra reciente *The Transparency of Evil: Essays on Extreme Phenomena*: «Now all we can do is simulate the orgy, simulate liberation» (3). Semprún realiza un certero análisis de las limitaciones de la situación y lo clandestino, aunque no lo lleva hasta sus últimas consecuencias, pues lo aplica al partido, pero no consigue aplicarlo a sí mismo.

Las líneas generales de su crítica son las siguientes: el sistema de contactos clandestinos con células del partido aisladas unas de otras no podía sino llevar a una versión parcial y distorsionada de

las condiciones reales de la sociedad, especialmente debido a que las noticias, a medida que ascendían al mando supremo, iban siendo filtradas de lo negativo para complacer a las autoridades. En esta forma se desarrolla un lenguaje coherente y riguroso, pero que carece del poder de predecir adecuadamente lo que ocurre en España. Semprún, en la *Autobiografía*, diagnostica este deterioro del lenguaje como la «ilusión ideológica» (80) de «nuestro discurso ideológico, cada vez más desfasado de la realidad» (205), concluyendo que «había que elegir entre la realidad del discurso y el discurso de la realidad» (205). No hay duda de que Semprún se presenta combatiendo esta misma batalla entre «la realidad del discurso y el discurso de la realidad» —es una expresión notable, de raigambre marxista, pero pasada por un cedazo posmoderno— en *Federico Sánchez se despide de ustedes*, cuando denuncia la resistencia de Alfonso Guerra y sus partidarios a reconocer los estragos que los escándalos y la corrupción ocasionan en el gobierno, sin que puedan ocultarse, *clandestinizarse*, con un aluvión de palabras. En ambos textos, Semprún defiende lo que él ve como el discurso de la realidad, y en ambos es expulsado del poder. Lo fascinan, pues, el poder que da la clandestinidad y el partido, el poder que da el consejo de ministros y la cercanía de Felipe González. Pero tanto *Pasionaria* como Felipe deben prescindir de él: con su cabeza de chorlito, Semprún no juega el juego acordado, no entra en la ilusión. En los detalles de estos textos es posible que el debate pueda ser interminable, ya que Semprún hace de Carrillo y de Guerra figuras grotescas a las que trata con mucho menos compasión y generosidad que la que Semprún reserva para sí mismo en el pasado. Pero lo que parece notablemente acertado es el planteo del debate como una lección acerca de la distancia que media entre el lenguaje y lo que éste pretende dominar. Como anota en *Federico Sánchez se despide*, «todo gira en torno al lenguaje» (25). Pero no acaba allí. Sólo dentro del lenguaje puede afirmarse que no hay nada fuera del texto. Pero aquello a lo que el lenguaje insuficientemente se refiere lleva una vida enigmática y reacia a la voluntad. Así pues, a pesar de sus años de activismo político, de su inmersión presuntamente redentora en la clandestinidad —redentora del pecado de su clase y de su condición de intelectual— las últimas palabras de *Autobiografía* no le pertenecen a él sino a la figura maternal de *Pasionaria*. Si sus palabras, esperadas, temidas, expresadas, sirven de marco a ese libro, no es simplemente por

cuestión de elegante simetría (aunque algo pueda haber de ello), sino porque son el punto candente de las constelaciones hiperreales de su memoria, ese momento inolvidable, vivido una vez, recordado interminablemente, que Semprún se dedica a rebatir, sólo para aprender en el proceso que en la peligrosa escritura del propio yo se ha revelado una verdad obstinada y persistente: sí, es un intelectual, y sí, tiene una naturaleza monstruosa, en parte Semprún, en parte Sánchez, en parte es imaginación creativa, inquieta, independiente, en parte un burócrata verboso y un funcionario que goza de la autoridad². Igualmente revelador es el momento final de *Federico Sánchez se despide de ustedes*. Las veleidosidades de la fortuna lo llevaron a vivir en Madrid, durante sus años de ministro, en un piso justo en frente del que había habitado durante su infancia. Este es otro seno maternal del cual ha sido expulsado. Ya relevado de su cargo ministerial, visita el piso, ahora vacío, en obras, a punto de ser transformado en oficinas. Aquí recuerda a su padre y un libro que escribió sobre la muerte, esa «oscura presencia deslumbrante» (316). ¿Cómo no recordar que al comienzo de ese mismo libro, como hemos citado más arriba, afirmaba que en su labor clandestina «encarnaba una realidad oscura, pero iluminadora»? (25); hay algo más que una simple coincidencia entre el Partido y la ley del Padre, que anuncia la muerte. De esa oscura presencia de una autoridad intransigente que las camarillas y los seudónimos sólo transitoriamente ocultan, sus libros han ido dando testimonio, anunciando con la serie de rechazos, fracasos, exclusiones, y episodios acabados esa condición de fugacidad y mortalidad que reconoce como «un signo indescifrable pero pleno de sentido» (316) en el libro de su padre. Expulsado del paraíso, tantas veces, no baja al final de este segundo libro la cabeza, apesadumbrado, ni pontifica a lo existencialista. Son otros tiempos. Sus palabras finales responden, décadas más tarde, a las de *Pasionaria*, con una claridad feliz: «¡Que me quiten lo bailado!» (316). Al cabo de tanto derribo queda en pie el principio del placer. El baile, y no la escritura. La memoria del baile, más bien, combatiendo, es seguro, en la mente de Semprún con *Pasionaria* y con Guerra, un

² En una entrevista con Jack Sinningen, Semprún observa, refiriéndose a Federico Sánchez: «Es un personaje de ficción que ha sido mi vida. De manera que ahora [después de escribir la *autobiografía*] hay más distancia crítica, menos narcisismo, menos voluntad de reivindicar» (59). Implícitamente, pues, reconoce la voluntad apologética y el aspecto narcisista de su espejo de papel.

baile entreverado de clandestino y de oficial, un baile que deja su huella oscura y deslumbrante en estos textos en que el autor se soslaya (es la autobiografía de otro, un otro que se despide) pero deja, acaso por ello mismo, un retrato complejo y aleccionador.

OBRAS CITADAS

- Baudrillard, Jean. *The Transparency of Evil: Essays on Extreme Phenomena*. Trans. James Benedit. New York: Verso, 1993.
- Garber, Marjorie. *Vested Interests: Cross-Dressing & Cultural Anxiety*. New York: Routledge, 1992.
- Martín Santos, Luis. *Tiempo de silencio*. 1961: Barcelona: Seix Barral, 1976.
- Mercadier, Guy. «Federico Sánchez et Jorge Semprún: Une antobiographie en quête de romancier», *L'autobiographie dans le monde hispanique*. Aix-en-Provence: Université de Provence, 1980. 259-79.
- Semprún, Jorge. *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Planeta, 1977.
- . *Federico Sánchez se despide de ustedes*. Barcelona: Tusquets Editores, 1993.
- Sinnigen, Jack. *Narrativa e ideología*. Madrid: Nuestra Cultura, 1982.
- Turkle, Sherry. *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*. New York: Simon & Schuster, 1995.
- Villanueva, Darío. «The Novel», *The Spanish Literary Year, 1974, 1975, 1976, 1977, 1978*. Madrid: Castalia, 1979. 617-37.